



Thomas Hardy

Los Tres  
Desconocidos

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LOS TRES DESCONOCIDOS**

**THOMAS HARDY**

**PUBLICADO: 1883  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## LOS TRES DESCONOCIDOS

Entre los escasos rasgos de la Inglaterra rural que conservan un aspecto apenas modificado por el transcurso de los siglos, cabe mencionar las altas lomas cubiertas de hierba y aulagas —coombs, ewe-leases o como quiera que se las llame— que ocupan una extensa superficie de ciertos condados del sur y el suroeste. Si en ellas se encuentra alguna huella de presencia humana, suele tomar la forma de la solitaria cabaña de algún pastor.

Cincuenta años atrás, una cabaña de esa índole se alzaba en una de aquellas lomas, y es posible que aún siga en pie. A pesar de su aislamiento, el lugar distaba en realidad no más de cinco millas de la capital del condado. Pero eso apenas contaba. Cinco millas de páramo accidentado, durante las largas y hostiles temporadas de aguanieve, nieve, lluvia y niebla, ofrecen espacio suficiente para aislar a un Timón o a un Nabucodonosor; y no digamos ya, en tiempo apacible, para complacer a esa tribu menos huraña formada por los poetas, filósofos, artistas y demás que «conciben y meditan sobre cosas placenteras».

Algún viejo campamento o túmulo funerario, algún grupo de árboles o, al menos, algún raquítico fragmento de seto antiguo suele aprovecharse para la construcción de estas moradas desamparadas. En el caso que nos ocupa, sin embargo, semejante cobijo había sido desdeñado. Higher Crowstairs, que así se llamaba la casa, se erguía completamente aislada y sin protección. La única razón para su emplazamiento preciso parecía ser el cruce en ángulo recto de dos senderos cercanos, que bien podrían haber confluido allí durante buenos quinientos años. De ahí que la casa quedara expuesta a los elementos por todos sus flancos. Mas aunque el viento soplara con

fuerza inconfundible cuando soplaba, y la lluvia azotara con violencia cuando caía, los rigores del invierno no eran en la loma tan formidables como los imaginaban quienes vivían en tierras bajas. Las heladas húmedas no eran tan perniciosas como en los valles, ni las heladas secas tan intensas. Cuando el pastor y su familia, que habitaban la casa, eran compadecidos por los sufrimientos que les causaba la intemperie, ellos respondían que, en conjunto, se veían menos molestados por «ronqueras y flemas» que cuando habían vivido junto al arroyo de un resguardado valle vecino.

La noche del 28 de marzo de 182- era precisamente una de las noches que solían suscitar tales expresiones de compasión. La lluvia horizontal azotaba muros, pendientes y setos como las flechas de Senlac y Crécy. Las ovejas y los animales de exterior que carecían de refugio volvían el anca al viento, mientras que las colas de los pajarillos que intentaban posarse en algún espino retorcido se les daban la vuelta como paraguas. El hastial de la cabaña estaba empapado, y las gotas del alero repiqueteaban contra la pared. Y sin embargo, nunca estuvo menos justificada la compasión hacia el pastor. Pues ese alegre rústico estaba celebrando una animada reunión en honor del bautizo de su segunda hija.

Los invitados habían llegado antes de que comenzara la lluvia, y todos se hallaban ya reunidos en la sala principal de la vivienda. Una ojeada al aposento a las ocho de aquella memorable noche habría llevado a concluir que era tan acogedor y confortable como podía desearse en tiempo borrascoso. El oficio de su morador quedaba proclamado por una serie de cayados de pastor muy bien lustrados, sin mango, colgados como adorno sobre la chimenea, con la curva de cada reluciente cayado que iba desde el modelo anticuado grabado en las ilustraciones patriarcales de las viejas Biblias familiares hasta la forma más en boga de la última feria local de ganado. La sala estaba iluminada por media docena de velas, con mechas apenas algo más delgadas que la grasa que las envolvía, en candeleros que solo se sacaban en los días señalados, festivos y reuniones familiares. Las luces estaban distribuidas por la estancia, dos de ellas sobre la repisa de la chimenea. Esta disposición de las velas era en sí misma elocuente. Velas sobre la repisa siempre significaban una fiesta.

En el hogar, delante de un tronco trasero que daba consistencia al fuego, ardía una llama de zarzas que crepitaba «como la risa del necio».

Diecinueve personas se encontraban reunidas allí. De entre ellas, cinco mujeres con vestidos de vivos colores ocupaban sillas junto a la pared; chicas tímidas y no tan tímidas llenaban el banco de la ventana; cuatro hombres —entre ellos Charley Jake, el carpintero de ribazos, Elijah New, el sacristán, y John Pitcher, un quesero vecino, suegro del pastor— se arrellanaban en el asiento largo; un mozo y una moza que se ruborizaban ante los titubeantes pourparlers sobre una vida en común estaban sentados bajo el alacenero del rincón; y un anciano prometido de cincuenta años o más se movía inquieto de los sitios donde no estaba su prometida al sitio donde sí estaba. El regocijo era bastante general, y tanto más libre por no verse coartado por restricciones convencionales. La confianza absoluta en la buena opinión de los demás engendraba una comodidad perfecta, mientras que el toque definitivo de distinción, que llegaba a una serenidad verdaderamente principesca, lo daba en la mayoría la ausencia de cualquier expresión o rasgo que denotara el deseo de medrar en el mundo, ampliar los horizontes o hacer nada que descollasen —cosa que hoy en día marchita tan generalmente la lozanía y la bonhomía de todos, excepto en los dos extremos de la escala social.

El pastor Fennel había hecho una buena boda: su mujer era hija de un quesero de un valle lejano, que había traído cincuenta guineas en el bolsillo —y allí las había conservado, hasta que se necesitaran para atender las necesidades de la familia que estaba por venir. Esta mujer ahorrativa había cavilado no poco sobre el carácter que debía darse a la reunión. Una velada tranquila tenía sus ventajas, pero una posición de reposo prolongado en sillas y bancos era susceptible de inducir a los hombres a beber de manera tan desaforada que a veces acababan con toda la provisión de la casa. La alternativa era una fiesta de baile, pero esta, aunque evitaba el problema del exceso en la bebida, presentaba el inconveniente compensatorio del exceso en la comida, pues los apetitos voraces que despertaba el ejercicio causaban un estrago enorme en la despensa. La pastora Fennel optó por el plan intermedio de alternar breves bailes con breves momentos de charla y canciones, de modo que no se desatara ningún frenesí incontrolable en ninguno de los dos frentes. Pero este plan era cosa solo de su propia mente sosegada: el pastor, por su parte, estaba dispuesto a dar muestras de la más irrestricta hospitalidad.

El violinista era un muchacho del lugar, de unos doce años, que tenía una destreza asombrosa con las jigas y las reels, si bien sus dedos eran tan pequeños y cortos que se veía obligado a un constante desplazamiento para las notas altas, de las que regresaba a la primera posición con sonidos no del todo puros. A las siete el agudo chirrido de aquel jovencuelo había comenzado, acompañado por el retumbante bajo continuo de Elijah New, el sacristán, que había tenido la precaución de traer consigo su instrumento favorito, la serpiente. El baile fue instantáneo; la señora Fennel encargó en secreto a los músicos que no dejaran que la danza se prolongara más de un cuarto de hora.

Pero Elijah y el muchacho, en el ardor del momento, olvidaron por completo la orden. Es más, Oliver Giles, un joven de diecisiete años, uno de los bailarines que estaba prendado de su pareja —una muchacha rolliza de treinta y tres años—, había entregado impulsivamente una corona nueva a los músicos, a modo de soborno para que siguieran tocando mientras les duraran las fuerzas y el aliento. La señora Fennel, al ver que sus invitados empezaban a sudar, cruzó la sala y tocó el codo del violinista y puso la mano sobre la boca de la serpiente. Pero ellos no hicieron caso, y temiendo comprometer su reputación de anfitriona afable si intervenía de manera demasiado ostensible, se retiró y se sentó impotente. Y así el baile siguió girando con ímpetu creciente, moviéndose los bailarines en sus órbitas como planetas, en movimientos directos y retrógrados, del apogeo al perigeo, hasta que la manecilla del reloj bien instalado al fondo de la sala había recorrido toda la circunferencia de una hora.

Mientras estos alegres sucesos tenían lugar en el interior de la pastoral morada de Fennel, había ocurrido fuera, en la lóbrega noche, un incidente de considerable trascendencia para la reunión. La inquietud de la señora Fennel por el creciente ardor del baile coincidió en el tiempo con el ascenso por la solitaria colina de Higher Crowstairs, desde la dirección de la lejana ciudad, de una figura humana. Aquel individuo avanzaba bajo la lluvia sin detenerse, siguiendo el sendero poco trillado que, algo más adelante en su trazado, bordeaba la cabaña del pastor.

Era casi la hora de la luna llena y, por ello, aunque el cielo estaba cubierto por un manto uniforme de nubes cargadas de lluvia, los objetos del exterior eran perfectamente visibles. La triste y pálida claridad reveló que el solitario caminante era un hombre de complexión ágil; su paso sugería que

había dejado atrás el período de la agilidad perfecta e instintiva, aunque no hasta el punto de no poder moverse con rapidez cuando la ocasión lo requería. Calculando a ojo, podría haber tenido unos cuarenta años. Parecía alto, pero un sargento de reclutamiento, o cualquier otra persona acostumbrada a calcular la estatura de los hombres a simple vista, habría advertido que ello se debía principalmente a su delgadez, y que no medía más de un metro setenta y cinco o setenta y ocho.

A pesar de la regularidad de sus pasos, había en ellos una cautela, como la de quien tantea mentalmente el terreno; y aunque no era una levita negra ni ninguna otra prenda oscura lo que vestía, había en él algo que sugería que por naturaleza pertenecía a la tribu de los hombres de levita negra. Llevaba ropa de pana y botas con clavos, pero su porte no era el de los campesinos avezados al barro que visten pana y calzan botas claveteadas.

Cuando llegó a la altura de las dependencias del pastor, la lluvia arreció aún con mayor violencia, o más bien vino de lado con mayor determinación. Los alrededores del pequeño caserío quebraron en parte la fuerza del viento y la lluvia, lo que le indujo a detenerse. La construcción más llamativa del establecimiento doméstico del pastor era una pocilga vacía en el ángulo delantero de su jardín sin seto, pues en aquellas latitudes se desconocía la costumbre de ocultar los elementos menos atractivos de la propiedad detrás de una fachada convencional. La atención del viajero fue atraída hacia ese pequeño edificio por el brillo pálido de las pizarras húmedas que lo cubrían. Se desvió, y al encontrarlo vacío, se refugió bajo el alero.

Mientras permanecía allí, el rumor de la serpentina procedente de la casa contigua y las notas más tenues del violín llegaban hasta él como acompañamiento del siseo incesante de la lluvia sobre el césped, su golpeteo más fuerte sobre las hojas de col del jardín, sobre las ocho o diez colmenas apenas visibles junto al sendero, y el goteo del alero en una hilera de cubos y cazuelas colocados bajo las paredes de la cabaña. Pues en Higher Crowstairs, como en todas las viviendas de altura semejante, la gran dificultad del gobierno doméstico era la escasez de agua, y cualquier lluvia ocasional se aprovechaba sacando, a modo de receptáculos, todos los utensilios que la casa contenía. Podrían contarse historias curiosas sobre los recursos para economizar el agua de fregar y de enjuagar que son absolutamente necesarios en las viviendas de las alturas durante las sequías del verano.

Pero en aquella estación no había tales apremios; bastaba con aceptar lo que el cielo deparaba para tener una provisión abundante.

Por fin las notas de la serpentina cesaron y la casa quedó en silencio. Ese cese de actividad sacó al solitario caminante del ensimismamiento en que había caído, y, saliendo del cobertizo con una intención aparentemente nueva, se dirigió por el sendero hacia la puerta de la casa. Una vez allí, su primer acto fue arrodillarse junto a una piedra grande, al lado de la hilera de recipientes, y beber un largo trago de uno de ellos. Apagada la sed, se levantó y alzó la mano para llamar, pero se detuvo con los ojos fijos en el panel de la puerta. Como la oscura superficie de la madera no revelaba absolutamente nada, era evidente que debía de estar mirando mentalmente a través de ella, como si quisiera calibrar todas las posibilidades que podía ofrecer una casa de ese tipo y cómo esas posibilidades podían afectar a su decisión de entrar.

En su indecisión, se volvió y recorrió con la vista el paisaje de alrededor. No había un alma por ninguna parte. El sendero del jardín descendía desde sus pies, reluciente como el rastro de un caracol; el tejado del pequeño pozo — casi siempre seco —, la tapa del pozo, la viga superior de la verja del jardín, estaban barnizados con el mismo apagado vidriado húmedo; mientras que, muy lejos, en el valle, una blancura más extensa que de costumbre indicaba que los ríos venían crecidos por los prados. Más allá parpadeaban unas pocas luces turbias a través de la lluvia, luces que señalaban la situación de la ciudad del condado de donde parecía venir. La ausencia de todo signo de vida en aquella dirección pareció afirmar su resolución, y llamó a la puerta.

Dentro, la charla animada había reemplazado al movimiento y a la música. El carpintero de ribazos estaba proponiendo una canción que nadie en aquel momento tenía ganas de entonar, de modo que la llamada supuso una distracción no del todo inoportuna.

— ¡Adelante! — dijo el pastor sin demora.

El pestillo subió y de la noche apareció nuestro caminante sobre el felpudo. El pastor se levantó, despaviló las dos velas más próximas y se volvió a mirarlo.

La luz reveló que el forastero era moreno y de facciones no desagradables. El sombrero, que por un momento no se quitó, le caía bajo sobre los ojos, sin llegar a ocultar que estos eran grandes, abiertos y resueltos, y que se movían con un destello más que con una mirada al recorrer la estancia. Pareció satisfecho con lo que vio, y, descubriéndose la revuelta cabeza, dijo con una voz grave y sonora:

—La lluvia es tan fuerte, amigos, que les pido permiso para entrar y descansar un momento.

—Por supuesto, forastero —dijo el pastor—. Y a fe mía que ha tenido suerte en elegir el momento, pues estamos de celebración por una causa alegre, aunque, a decir verdad, un hombre difícilmente desearía que esa causa alegre ocurriera más de una vez al año.

—Ni menos —intervino una mujer—. Pues lo mejor es acabar cuanto antes con la familia, para salir antes del apuro.

—¿Y cuál es esa causa alegre? —preguntó el forastero.

—Un nacimiento y un bautizo —dijo el pastor.

El forastero expresó su deseo de que su anfitrión no se viera afligido ni por demasiados ni por demasiado pocos episodios de esa índole, y, invitado con un gesto a beber del jarro, aceptó con presteza. Sus modales, que antes de entrar habían sido tan recelosos, eran ahora los de un hombre despreocupado y afable.

—¿Tarde para andar por esta loma? —dijo el prometido cincuentón.

—Tarde es, señor, como usted dice. Con su permiso, me sentaré en el rincón de la chimenea, si no tiene usted inconveniente, señora, pues tengo el costado bastante mojado por el lado que daba a la lluvia.

La pastora Fennel asintió e hizo sitio al recién llegado por iniciativa propia, quien, una vez instalado del todo en el rincón de la chimenea, extendió las piernas y los brazos con la soltura de quien está en su casa.

—Sí, tengo la suela bastante abierta —dijo con naturalidad, al ver que los ojos de la mujer del pastor caían sobre sus botas—, y no estoy muy bien calzado que digamos. He pasado por tiempos difíciles últimamente y me he visto obligado a apañarme con lo que encontraba, pero tendré que buscarme un calzado mejor para el trabajo cuando llegue a casa.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó ella.

—No exactamente..., más hacia el interior.

—Ya me lo figuraba. Y yo también; y por su manera de hablar, usted es de mi comarca.

—Pero difícilmente habrá oído hablar de mí —dijo él con rapidez—. Mi tiempo fue mucho antes que el suyo, señora, como comprenderá.

Este elogio a la juventud de su anfitriona tuvo el efecto de poner fin a su interrogatorio.

—Solo me falta una cosa para ser del todo feliz —continuó el recién llegado—. Y es un poco de tabaco, del que me temo que me he quedado sin nada.

—Yo le llenaré la pipa —dijo el pastor.

—Tendré que pedirle también que me preste una pipa.

—¿Fumador y sin pipa encima?

—La he perdido en algún punto del camino.

El pastor llenó y le tendió una pipa de arcilla nueva, diciéndole al hacerlo:

—Démela tabaquera..., la lleno también ya que estoy.

El hombre hizo el ademán de buscar en sus bolsillos.

—¿La ha perdido también? —dijo su anfitrión, con cierta sorpresa.

—Me temo que sí —dijo el hombre con algún azoramiento—. Póngame un poco en un papel. —Encendiendo la pipa en la vela con una aspiración que arrastró toda la llama hasta el cazoleta, volvió a acomodarse en el rincón y fijó la mirada en el vapor tenue que se elevaba de sus piernas húmedas, como si no quisiera decir nada más.

Entre tanto, el grueso de los invitados había prestado escasa atención a este visitante, absorbidos como estaban en una discusión con los músicos sobre la pieza para el siguiente baile. Resuelta la cuestión, estaban a punto de levantarse cuando los interrumpió otra llamada a la puerta.

Al oírla, el hombre del rincón de la chimenea tomó el atizador y empezó a remover las brasas como si hacerlo a conciencia fuera el único propósito de su existencia; y por segunda vez el pastor dijo «¡Adelante!». Un momento después otro hombre estaba de pie sobre el felpudo de paja trenzada. También era un forastero.

Este individuo era de un tipo radicalmente diferente al primero. En sus maneras había más de lo corriente, y una cierta jovialidad cosmopolita se adivinaba en sus rasgos. Era varios años mayor que el primer llegado; el cabello, ligeramente entrecano; las cejas, pobladas; las patillas, recortadas desde las mejillas. El rostro era más bien lleno y fofo, aunque no del todo falto de energía. Unas manchas rojizas de bebedor salpicaban las proximidades de su nariz. Echó hacia atrás su largo gabán gris oscuro, revelando que debajo llevaba un traje de color gris ceniza de arriba abajo, con unos grandes sellos de algún metal susceptible de bruñirse que colgaban del relojero como único adorno personal. Sacudiendo las gotas de agua de su sombrero de copa baja y ala rígida, dijo:

—Tendrán que darme unos minutos de cobijo, compañeros, o llegaré calado hasta los huesos a Casterbridge.

—Hágase usted como en su casa —dijo el pastor, quizás con algo menos de cordialidad que en la primera ocasión. No porque Fennel tuviera el menor rastro de tacañería en su carácter, sino porque la sala distaba de ser grande, las sillas de sobra no abundaban y la compañía húmeda no era del todo deseable a tan estrecha proximidad para las mujeres y muchachas con sus vestidos de colores vivos.

Sin embargo, el segundo llegado, tras quitarse el gabán y colgar el sombrero de un clavo en una de las vigas del techo como si lo hubiera sido especialmente invitado a hacerlo allí, avanzó y se sentó a la mesa. Esta había sido arrimada tan cerca del rincón de la chimenea para dejar todo el espacio posible a los bailarines, que su borde interior rozaba el codo del hombre que se había instalado junto al fuego; y así los dos forasteros se encontraron en estrecha proximidad. Se saludaron mutuamente con un gesto de cabeza para romper el hielo de la desconocido, y el primer forastero pasó a su vecino el jarro de la casa, un enorme recipiente de cerámica parda, con el borde superior gastado como el umbral de una puerta por el roce de generaciones enteras de labios sedientos que habían ido al encuentro del destino de todo ser

viviente, y que llevaba la siguiente inscripción grabada en su rotunda panza con letras amarillas:

NO HAY JOLGORIO

MIENTRAS YO NO LLEGO.

El otro, sin hacerse de rogar, llevó el jarro a los labios y bebió, y bebió, y siguió bebiendo, hasta que un extraño azulamiento fue cubriendo el semblante de la mujer del pastor, que había observado con no poca sorpresa el libre ofrecimiento del primer forastero al segundo de algo que no era suyo para dispensar.

— ¡Lo sabía! — dijo el bebedor al pastor con gran satisfacción—. Cuando subí por su jardín antes de entrar y vi las colmenas en fila, me dije: «Donde hay abejas hay miel, y donde hay miel hay aguamiel.» Pero una aguamiel tan verdaderamente reconfortante como esta no esperaba encontrarla a estas alturas de mi vida. — Y le dio otro buen trago al jarro, hasta que este alcanzó una elevación inquietante.

— ¡Me alegro de que le guste! — dijo el pastor con calor.

— Está buena la aguamiel — asintió la señora Fennel con una falta de entusiasmo que parecía decir que era posible comprar elogios para la bodega a un precio demasiado alto—. Cuesta trabajo hacerla, y la verdad es que no creo que vayamos a hacer más. Porque la miel se vende bien, y nosotros mismos podemos apañarnos con un poco de aguamiel floja y meteglin corriente hecho con los lavados del panal.

— ¡Ah, pero no tendrá corazón para eso! — exclamó con reproche el forastero de gris ceniza, después de tomar el jarro por tercera vez y dejarlo vacío—. Yo quiero la aguamiel cuando es vieja como esta igual que quiero ir a misa los domingos o socorrer al necesitado cualquier día de la semana.

— ¡Ja, ja, ja! — dijo el hombre del rincón de la chimenea, quien, a pesar del mutismo inducido por la pipa de tabaco, no podía o no quería abstenerse de aquel leve testimonio al humor de su compañero.

Pues la vieja aguamiel de aquellos tiempos, elaborada con la más pura miel de primer año o miel virgen, cuatro libras por galón, con su debida cantidad de claras de huevo, canela, jengibre, clavos, macis, romero, levadura, y sus procesos de fermentación, embotellado y conserva en bode-

ga, tenía un sabor notablemente fuerte, aunque no parecía tan fuerte como lo era en realidad. Por eso, al poco tiempo, el forastero de gris ceniza sentado a la mesa, movido por su influencia solapada, se desabotonó el chaleco, se echó hacia atrás en la silla, estiró las piernas y se hizo notar de diversas maneras.

—En fin, en fin, como decía —reanudó—, voy a Casterbridge, y a Casterbridge he de ir. A estas horas debería estar casi allí, pero la lluvia me ha metido en su casa, y no me pesa.

—¿No vive usted en Casterbridge? —preguntó el pastor.

—Todavía no; aunque pienso trasladarme allí en breve.

—¿Va a establecer un negocio, quizás?

—No, no —dijo la mujer del pastor—. Está claro que el señor es rico y no necesita trabajar en nada.

El forastero de gris ceniza se detuvo, como si fuera a considerar si aceptaría esa definición de sí mismo. Al poco la rechazó respondiendo:

—Rico no es exactamente la palabra que me corresponde, señora. Trabajo, y tengo que trabajar. E incluso si no llego a Casterbridge hasta medianoche, debo empezar a trabajar allí a las ocho de mañana. Sí, llueva o haga sol, sople o nieve, venga el hambre o la espada, el trabajo de mañana ha de hacerse.

—¡Pobre hombre! Entonces, a pesar de las apariencias, ¿está usted peor que nosotros? —replicó la mujer del pastor.

—Es la naturaleza de mi oficio, señoras y señores. Es la naturaleza de mi oficio, más que mi pobreza... Pero en verdad debo levantarme e irme, o no encontraré posada en la ciudad. —Sin embargo, el que hablaba no se movió, y añadió enseguida—: Hay tiempo para una última copa de camaradería antes de irme; y la tomaría ahora mismo si el jarro no estuviera vacío.

—Aquí hay un poco de la floja —dijo la señora Fennel—. La llamamos floja, aunque a decir verdad es solo el primer lavado del panal.

—No —dijo el forastero con desdén—. No voy a echar a perder su primera amabilidad probando la segunda.

—Por supuesto que no —intervino Fennel—. No tenemos el bautizo todos los días, y voy a llenar el jarro otra vez. —Se fue al oscuro rincón bajo la escalera donde estaba el barril. La pastora le siguió.

—¿Por qué lo haces? —dijo ella en tono de reproche, en cuanto estuvieron solos—. Ya lo ha vaciado una vez, y había para diez personas; y ahora no se conforma con la floja, sino que pide más de la fuerte. Y es un desconocido que no conoce nadie. Yo, por mi parte, no me gusta nada la pinta de ese hombre.

—Pero está en la casa, mi vida; y es una noche de lluvia y un bautizo. ¡Vamos, qué más da una copa de aguamiel! Ya habrá más en la próxima quema de colmenas.

—Está bien, esta vez —respondió ella, mirando el barril con resignación—. Pero ¿a qué se dedica ese hombre, y de dónde sale, para entrar así y reunirse con nosotros como si tal cosa?

—No lo sé. Se lo preguntaré otra vez.

La señora Fennel se encargó de que esta vez no volviera a ocurrir la catástrofe de que el forastero de gris ceniza vaciara el jarro de un solo trago. Le sirvió su ración en una taza pequeña, manteniendo el jarro grande a una distancia prudente. Cuando el forastero hubo apurado su porción, el pastor renovó su pregunta sobre su ocupación.

Este no respondió de inmediato, y el hombre del rincón de la chimenea, con súbita locuacidad, dijo:

—Todo el mundo puede saber mi oficio: soy carpintero de ruedas.

—Un oficio muy bueno por estas tierras —dijo el pastor.

—Y todo el mundo puede saber el mío, si tiene el talento de adivinarlo —dijo el forastero de gris ceniza.

—Por las manos se suele saber lo que es un hombre —observó el carpintero de ribazos, mirándose las suyas—. Los míos dedos están tan llenos de espinas como un viejo acerico de alfileres.

Las manos del hombre del rincón de la chimenea buscaron instintivamente la sombra, y clavó los ojos en el fuego mientras retomaba la pipa. El

hombre de la mesa recogió la observación del carpintero y añadió con viveza:

—Cierto; pero la particularidad de mi oficio es que, en lugar de dejar una marca en mí, la deja en mis clientes.

Como nadie ofreciera ninguna aclaración sobre este enigma, la mujer del pastor pidió de nuevo una canción. Se presentaron los mismos obstáculos que la primera vez: uno no tenía voz, otro había olvidado la primera estrofa. El forastero de la mesa, cuyo ánimo había subido ya a una buena temperatura de trabajo, resolvió la dificultad exclamando que, para darle el arranque a la reunión, cantaría él mismo. Metiendo el pulgar en la sisa del chaleco, agitó la otra mano en el aire y, con una mirada improvisadora hacia los relucientes cayados sobre la repisa, comenzó:

¡Oh, mi oficio es el más raro,  
sencillos pastores todos!

Mi oficio vale la pena de verse;  
a mis clientes los ato y los alzo hasta las alturas,  
¡y los llevo a un país lejano!

La sala enmudeció cuando terminó la estrofa, con una sola excepción: la del hombre del rincón de la chimenea, quien, a la palabra «¡Estríbillo!» del cantor, se unió a él con una grave voz de bajo de musical delectación:

¡Y los llevo a un país lejano!

Oliver Giles, John Pitcher el quesero, el sacristán, el prometido cincuentón, la fila de jóvenes junto a la pared, parecían sumidos en pensamientos de no muy grata índole. El pastor meditaba con la vista en el suelo; la pastora miraba fijamente al cantor, con cierta suspicacia; dudaba si aquel forastero estaba cantando una canción antigua de memoria o si la estaba componiendo allí mismo para la ocasión. Todos estaban tan perplejos ante la oscura revelación como los invitados al Festín de Baltasar, excepto el hombre del rincón de la chimenea, quien dijo tranquilamente «Segunda estrofa, forastero» y siguió fumando.

El cantor se humedeció bien los labios por dentro y prosiguió con la siguiente estrofa según lo pedido:

Mis herramientas son las corrientes,  
sencillos pastores todos,  
mis herramientas no valen la pena de verse:  
un trocito de cuerda de cáñamo y un poste del que colgar  
son instrumentos que me bastan.

El pastor Fennel miró a su alrededor. Ya no cabía duda de que el forastero estaba respondiendo a su pregunta en verso. Los invitados, todos a una, se echaron hacia atrás con exclamaciones ahogadas. La joven prometida del hombre de cincuenta se desmayó a medias, y habría seguido adelante, pero al ver que él no se apresuraba a sostenerla, se sentó temblando.

— ¡Oh, es el...! — susurraron los del fondo, nombrando al siniestro funcionario público—. ¡Ha venido a hacerlo! Mañana será en la cárcel de Casterbridge..., el hombre por robar ovejas..., ese pobre relojero del que hemos oído hablar, que vivía por ahí en Shottsford y no tenía trabajo..., Timothy Summers, cuya familia se moría de hambre, y por eso salió de Shottsford por la carretera principal y cogió una oveja a plena luz del día, desafiando al granjero, a la mujer del granjero, al mozo del granjero y a todos ellos. Él —y señalaron con la cabeza hacia el forastero del oficio mortal— ha venido del interior porque en su propio municipio no hay bastante trabajo, y ha conseguido el puesto aquí ahora que ha muerto el nuestro; y va a vivir en la misma cabaña junto a la tapia de la cárcel.

El forastero de gris ceniza no prestó atención a este hilo de observaciones susurradas, sino que volvió a humedecerse los labios. Viendo que su amigo del rincón de la chimenea era el único que correspondía de algún modo a su jovialidad, le tendió su taza hacia aquel apreciador compañero, quien también extendió la suya. Entrechocaron las tazas, con los ojos de toda la sala clavados en las acciones del cantor. Separó los labios para la tercera estrofa; pero en ese momento se oyó otra llamada a la puerta. Esta vez era tímida y vacilante.

La concurrencia pareció asustarse; el pastor miró hacia la entrada con consternación, y fue con cierto esfuerzo que resistió la mirada suplicante de su asustada esposa y pronunció por tercera vez las palabras de bienvenida:

— ¡Adelante!

La puerta se abrió suavemente y otro hombre quedó de pie sobre el felpudo. Al igual que los que le habían precedido, era un forastero. Esta vez era un individuo bajo y menudo, de tez clara, vestido con un traje oscuro y decente.

—¿Me podría decir el camino hacia...? —comenzó; pero al recorrer con la mirada la sala para observar la naturaleza de la compañía en la que había caído, sus ojos toparon con el forastero de gris ceniza. Era justo en el instante en que este, que se había metido tanto en la canción con tal entrega que apenas notó la interrupción, acalló todos los susurros e interrogaciones irrumpiendo en su tercera estrofa:

Mañana es mi día de trabajo,  
sencillos pastores todos,  
mañana es un día de trabajo para mí:  
pues la oveja del granjero ha sido sacrificada y el mozo que lo hizo,  
preso,  
¡y que Dios tenga misericordia de su alma!

El forastero del rincón de la chimenea, alzando la taza con tanta efusión que la aguamiel le salpicó sobre el hogar, repitió con su voz de bajo como antes:

¡Y que Dios tenga misericordia de su alma!

Durante todo ese tiempo, el tercer forastero había permanecido de pie en el umbral. Al ver que no avanzaba ni volvía a hablar, los invitados se fijaron en él con particular atención. Advirtieron con asombro que ante ellos estaba la viva imagen del terror más absoluto: las rodillas le temblaban, la mano con que se sostenía del picaporte sacudía este de manera audible; los labios blancos estaban entreabiertos, y los ojos clavados en el alegre funcionario de la justicia que estaba en medio de la sala. Un momento después se había dado la vuelta, cerrado la puerta y huido.

—¿Quién puede ser ese hombre? —dijo el pastor.

Los demás, entre el pavor del reciente descubrimiento y la extraña conducta de aquel tercer visitante, tenían el aspecto de no saber qué pensar, y no dijeron nada. Instintivamente fueron retrocediendo cada vez más lejos

del siniestro caballero que tenía entre ellos, a quien algunos parecían tomar por el mismísimo Príncipe de las Tinieblas, hasta formar un círculo alejado, con un espacio vacío de suelo entre ellos y él:

«...circulus, cujus centrum diabolus.»

La sala estaba tan silenciosa —aunque hubiera más de veinte personas en ella— que no se oía nada salvo el repiqueteo de la lluvia contra las contraventanas, acompañado del siseo ocasional de alguna gota extraviada que caía por la chimenea al fuego, y el pausado burbujeo de la pipa larga de arcilla del hombre del rincón, que la había retomado.

El silencio quedó roto de improviso. El sonido lejano de un disparo retumbó por el aire, aparentemente en dirección a la ciudad del condado.

— ¡Voto al chápiro! —exclamó el forastero que había cantado la canción, pegando un brinco.

— ¿Qué significa eso? —preguntaron varios.

— Un preso escapado de la cárcel..., eso es lo que significa.

Todos escucharon. El sonido se repitió, y ninguno de ellos habló excepto el hombre del rincón de la chimenea, quien dijo tranquilamente:

— Siempre me han dicho que en este condado disparan cuando ocurre algo así; pero nunca lo había oído hasta ahora.

— Me pregunto si será el mío —murmuró el personaje de gris ceniza.

— ¡Pues claro que sí! —dijo el pastor involuntariamente—. ¡Y lo hemos visto! ¡Ese hombrecillo que asomó la cabeza hace un momento y se estremeció como una hoja al verle a usted y oír su canción!

— Le castañeteaban los dientes y se le fue el aliento del cuerpo —dijo el quesero.

— Y el corazón se le hundió como una piedra —dijo Oliver Giles.

— Y salió disparado como si le hubieran pegado un tiro —dijo el carpintero de ribazos.

— Cierto: le castañeteaban los dientes y el corazón se le hundió; y salió disparado como si le hubieran pegado un tiro —resumió lentamente el hombre del rincón de la chimenea.

— Yo no me fijé — observó el verdugo.

— Todos nos estábamos preguntando qué le había hecho salir corriendo con ese miedo — balbuceó una de las mujeres junto a la pared —, ¡y ahora ya está explicado!

El disparo de la escopeta de alarma siguió resonando a intervalos, sordo y amenazante, y sus sospechas se tornaron certeza. El siniestro caballero de gris ceniza reaccionó. «¿Hay algún alguacil aquí?», preguntó con voz espesa. «Si lo hay, que dé un paso adelante.»

El prometido cincuentón salió vacilante de junto a la pared, mientras su prometida comenzaba a sollozar sobre el respaldo de la silla.

— ¿Es usted alguacil jurado?

— Lo soy, señor.

— Entonces persiga al criminal de inmediato, con ayuda, y tráigalo de vuelta aquí. No puede haber ido muy lejos.

— Así lo haré, señor, así lo haré..., en cuanto tenga mi bastón. Iré a casa a buscarlo, volveré aquí pronto y saldremos todos juntos.

— ¡El bastón! No se preocupe por el bastón; el hombre habrá desaparecido.

— Pero es que yo no puedo hacer nada sin mi bastón, ¿verdad que no, William, y John, y Charles Jake? No, pues lleva grabada la corona real del rey en amarillo y dorado, y el león y el unicornio, de modo que cuando lo levanto y golpeo a mi preso, el golpe queda legitimado. Yo no me atrevería a detener a un hombre sin mi bastón, de ningún modo. Si no tuviera la ley que me dé coraje, en lugar de ser yo quien lo detuviera, podría ser él quien me detuviera a mí.

— Pues yo soy hombre del rey y puedo darle autoridad suficiente para eso — dijo el imponente funcionario de gris —. Ahora bien, todos listos. ¿Tienen faroles?

— Sí, ¿tienen faroles? ¡Lo exijo! — dijo el alguacil.

— Y los demás con buena salud...

— ¡Hombres en forma, sí, los demás! — dijo el alguacil.

—¿Tienen buenos palos resistentes y horcas...?

—¡Palos y horcas, en nombre de la ley! ¡Y tómenlos en mano y salgan a buscar, y hagan lo que nosotros, la autoridad, les decimos!

Así azuzados, los hombres se prepararon para dar caza. Las pruebas eran, ciertamente, aunque circunstanciales, tan convincentes que no fue necesario mucho argumento para hacer ver a los invitados del pastor que, después de lo que habían presenciado, sería muy sospechoso no perseguir de inmediato al desdichado tercer forastero, que no podía haber avanzado aún más de unos pocos cientos de metros sobre aquel terreno tan irregular.

Un pastor siempre tiene faroles a mano; y encendiéndolos a toda prisa, con palos de valla en las manos, salieron en tropel por la puerta, tomando la dirección a lo largo de la cresta de la colina, alejándose de la ciudad, pues la lluvia había amainado un tanto afortunadamente.

Perturbada por el ruido, o quizás por sueños desagradables relacionados con su bautismo, la niña que había sido bautizada empezó a llorar desconsoladamente en la habitación de arriba. Esas notas de pena bajaron por las rendijas del suelo hasta los oídos de las mujeres de abajo, quienes se levantaron una a una y parecieron alegrarse de tener excusa para subir a consolar al bebé, pues los sucesos de la última media hora las tenían muy abatidas. Así, en el espacio de dos o tres minutos, la sala de la planta baja quedó completamente desierta.

Pero no fue por mucho tiempo. Apenas se habían apagado el ruido de los pasos cuando un hombre dobló la esquina de la casa por la dirección que habían tomado los perseguidores. Se asomó a la puerta, y al ver que no había nadie, entró tranquilamente. Era el forastero del rincón de la chimenea, que había salido con los demás. El motivo de su regreso quedó patente al servirse él mismo un trozo del pastel de crema de leche que había sobre la repisa junto a donde había estado sentado, y que al parecer había olvidado llevarse consigo. Se sirvió también media taza de aguamiel de lo que quedaba, y se puso a comer y beber vorazmente mientras estaba de pie. No había terminado cuando otra figura entró igualmente en silencio: su amigo de gris ceniza.

—¡Oh, está usted aquí! —dijo este último, sonriendo—. Creí que había ido a ayudar en la captura. —Y también él desveló el objeto de su regreso al

buscar con mirada solícita el fascinante jarro de la vieja aguamiel.

—Y yo creí que había ido usted —dijo el otro, continuando con el pastel de crema de leche con cierto esfuerzo.

—Pues bien, pensándolo mejor, me pareció que ya eran suficientes sin mí —dijo el primero en tono confidencial—, y con una noche como esta, además. Y, además, es tarea del Gobierno velar por sus criminales, no mía.

—Cierto, así es. Y yo pensé lo mismo que usted, que ya eran suficientes sin mí.

—No tengo ninganas de romperme los huesos corriendo por las cuevas y barrancos de este país salvaje.

—Ni yo tampoco, entre usted y yo.

—Esta gente de pastores está acostumbrada a eso, buenas almas sencillas, ya sabe, que se ponen en marcha para cualquier cosa en un momento. Lo tendrán listo para mí antes del amanecer, sin que yo me tome molestia alguna.

—Lo encontrarán, y nosotros nos habremos ahorrado todo el trabajo del asunto.

—Cierto, cierto. Pues bien, mi camino es a Casterbridge; y mis piernas ya tendrán bastante con llevarme hasta allá. ¿Va usted en la misma dirección?

—No, lo siento. Tengo que llegar a casa por allá —asintió vagamente hacia la derecha—, y siento lo mismo que usted, que ya tendrán bastante mis piernas con eso antes de acostarme.

El otro había terminado ya la aguamiel del jarro, y, tras estrecharse la mano efusivamente en la puerta y desearse mutuamente lo mejor, se encaminaron cada uno por su lado.

Entretanto, el grupo de perseguidores había llegado al extremo de la elevación en lomo de mulo que dominaba aquella parte de la loma. No habían acordado ningún plan de acción concreto; y al ver que el hombre del funesto oficio ya no estaba entre ellos, parecían del todo incapaces de idear uno. Descendieron en todas las direcciones por la colina, y enseguida varios miembros del grupo cayeron en la trampa que la Naturaleza tiende a todos

los imprudentes paseantes nocturnos sobre aquella formación cretácea. Los «lanchets», o taludes de pedernal, que escalonaban el escarpe a intervalos de una docena de metros, cogieron desprevenidos a los menos cautelosos, y al perder el pie en la pendiente pedregosa se deslizaron bruscamente hacia abajo, con los faroles rodando de sus manos hasta el fondo, donde quedaron de lado hasta que el cuerno de la pantalla fue quemado.

Cuando se reagruparon, el pastor, como el que mejor conocía el terreno, tomó la delantera y los guió sorteando aquellas pendientes traicioneras. Los faroles, que más parecían deslumbrarles los ojos y avisar al fugitivo que ayudarlos en la exploración, fueron apagados; se observó el debido silencio; y en este orden más racional se adentraron en el valle. Era una hondonada herbosa y espinosa, húmeda, que ofrecía cierto cobijo a quien hubiera buscado refugio en ella; pero el grupo la recorrió en vano y ascendió por el otro lado. Allí se dispersaron, y tras un intervalo volvieron a juntarse para dar parte del progreso.

Al reagruparse por segunda vez se encontraron cerca de un fresno solitario, el único árbol de aquella parte de la loma, probablemente sembrado allí por algún pájaro de paso unos cincuenta años atrás. Y allí, algo a un lado del tronco, tan inmóvil como el tronco mismo, apareció el hombre que buscaban; su silueta recortada con claridad contra el cielo del fondo. El grupo se acercó en silencio y le plantó cara.

—¡La bolsa o la vida! —dijo el alguacil con severidad a la figura inmóvil.

—No, no —susurró John Pitcher—. No es a nosotros a quien corresponde decir eso. Esa es la doctrina de los vagabundos como él, y nosotros estamos del lado de la ley.

—Bien, bien —replicó el alguacil impaciente—. Algo hay que decir, ¿no? Y si tuviera usted todo el peso de esta empresa sobre los hombros, a lo mejor también diría lo que no es. —¡Preso en el banquillo, ríndase en nombre del Padre..., de la Corona, digo!

El hombre bajo el árbol parecía reparar en ellos por primera vez, y, sin darles oportunidad alguna de exhibir su valor, se dirigió hacia ellos con paso tranquilo. Era, en efecto, el hombrecillo, el tercer forastero; pero su terror había disminuido en gran medida.

—Bien, caminantes —dijo—, ¿me han dirigido la palabra?

—Sí: tiene que venir con nosotros preso ahora mismo —dijo el alguacil—. Lo detenemos por no haberse quedado en la cárcel de Casterbridge de manera decente y apropiada para ser ahorcado mañana por la mañana. ¡Vecinos, cumplan con su deber y detengan al culpable!

Al oír el cargo, el hombre pareció iluminarse y, sin decir una palabra más, se entregó con preternatural docilidad al grupo de búsqueda, que, con los palos en la mano, lo rodeó por todos lados y lo condujo de vuelta hacia la cabaña del pastor.

Eran las once cuando llegaron. La luz que salía por la puerta abierta y el sonido de voces de hombre dentro les anunciaron, al aproximarse a la casa, que en su ausencia habían ocurrido nuevos sucesos. Al entrar descubrieron que la sala del pastor había sido invadida por dos funcionarios de la cárcel de Casterbridge y un conocido magistrado que vivía en la finca señorial más cercana, pues la noticia de la fuga se había difundido en general.

—Señores —dijo el alguacil—, les traigo a su hombre..., no sin riesgo y peligro; pero cada uno debe cumplir con su deber. ¡Está en el interior de este círculo de individuos en forma que me han prestado una ayuda útil, dada su ignorancia de los asuntos de la Corona. Hombres, traigan al preso! —Y el tercer forastero fue llevado ante la luz.

—¿Quién es este? —preguntó uno de los funcionarios.

—El hombre —dijo el alguacil.

—En absoluto —dijo el carcelero; y el primero corroboró su declaración.

—Pero ¿cómo puede ser de otro modo? —preguntó el alguacil—. ¿O por qué estaba tan aterrado al ver al instrumento cantor de la ley que estaba sentado allí? —Y refirió el extraño comportamiento del tercer forastero al entrar en la casa durante la canción del verdugo.

—No lo comprendo —dijo el funcionario con frialdad—. Solo sé que no es el condenado. Es un individuo completamente diferente a este; un tipo enjuto, de pelo y ojos oscuros, bastante buen mozo, con una voz de bajo musical que, una vez oída, no se confundiría en la vida.

—¡Vaya, pero si era el hombre del rincón de la chimenea!

—¿Cómo? —dijo el magistrado, acercándose después de haber recabado información del pastor al fondo de la sala—. ¿Es que no han dado con el hombre?

—Pues mire usted, señor —dijo el alguacil—, es el hombre que buscábamos, eso es cierto, y sin embargo no es el hombre que buscábamos. Porque el hombre que buscábamos no era el hombre que queríamos, señor, si me entiende en mi modo ordinario de expresarme; porque era el hombre del rincón de la chimenea.

—¡Menudo enredo! —dijo el magistrado—. Será mejor que salgan en busca del otro de inmediato.

El preso habló entonces por primera vez. La mención del hombre del rincón de la chimenea parecía haberle conmovido como nada más podría haberlo hecho.

—Señor —dijo, adelantándose hacia el magistrado—, no se tome usted más molestias por mí. Ha llegado el momento en que bien puedo hablar. Yo no he hecho nada; mi delito es que el condenado es mi hermano. Esta tarde temprano salí de Shottsford para hacer el camino a pie hasta la cárcel de Casterbridge a despedirme de él. Me sorprendió la noche y me detuve aquí a descansar y preguntar el camino. Cuando abrí la puerta, vi ante mí al mismísimo hombre, mi hermano, a quien creía ver en la celda de los condenados de Casterbridge. Estaba en ese rincón de la chimenea; y tan pegado a él, de modo que no podría haberse escapado aunque lo hubiera intentado, estaba el verdugo que iba a quitarle la vida, cantando una canción sobre ello sin saber que su víctima estaba a su lado uniéndose a la canción para guardar las apariencias. Mi hermano me lanzó una mirada de angustia, y comprendí que quería decir: «No reveles lo que ves; mi vida depende de ello.» Quedé tan paralizado de terror que apenas podía tenerme en pie, y sin saber lo que hacía, me di la vuelta y eché a correr.

El modo y el tono del narrador tenían el sello de la verdad, y su historia causó una gran impresión en todos los presentes.

—¿Y sabe usted dónde está su hermano en este momento? —preguntó el magistrado.

—No lo sé. No le he visto desde que cerré esa puerta.

—De eso puedo dar fe yo, pues hemos estado entre vosotros dos desde entonces —dijo el alguacil.

—¿Adónde piensa huir? ¿Cuál es su oficio?

—Es relojero, señor.

—Dijo que era carpintero de ruedas..., pícaro sinvergüenza —dijo el alguacil.

—Las ruedas de los relojes y los relojes de bolsillo querrá decir, sin duda —dijo el pastor Fennel—. Pensé que tenía las manos demasiado blancas para su oficio.

—Pues bien, me parece que no se gana nada manteniendo a este pobre hombre detenido —dijo el magistrado—. Su asunto es con el otro, indudablemente.

Y así el hombrecillo fue puesto en libertad de inmediato; pero no por ello tenía un aspecto menos triste, pues estaba fuera del poder del magistrado o del alguacil borrar las penas escritas en su mente, pues estas concernían a otro a quien consideraba con más solicitud que a sí mismo. Cuando esto hubo ocurrido y el hombre se hubo marchado, la noche estaba tan avanzada que se estimó inútil reanudar la búsqueda antes del día siguiente.

Al día siguiente, en consecuencia, la búsqueda del hábil ladrón de ovejas se hizo general e intensa, al menos en apariencia. Pero el castigo previsto era cruelmente desproporcionado a la transgresión, y la simpatía de mucha gente del campo de la comarca estaba decididamente del lado del fugitivo. Además, su asombrosa sangre fría y audacia al codearse con el verdugo en las insólitas circunstancias de la fiesta del pastor se ganaron su admiración. De modo que cabe preguntarse si todos los que ostensiblemente se afanaban tanto en explorar bosques, campos y senderos eran del todo concienzudos a la hora de examinar en privado sus propios desvanes y cobertizos. Corrían historias de que una figura misteriosa era vista de vez en cuando en algún viejo camino cubierto de maleza o en algún otro lugar apartado de las carreteras principales; pero cuando se registraba cualquiera de esos parajes sospechosos, no se encontraba a nadie. Así pasaron días y semanas sin noticias.

En resumen: el hombre de voz de bajo del rincón de la chimenea nunca fue recapturado. Algunos dijeron que cruzó el mar, otros que no, sino que se

enterró en las profundidades de una ciudad populosa. De cualquier modo, el caballero de gris ceniza nunca realizó su trabajo matutino en Casterbridge, ni se encontró en ningún lugar, por motivos de trabajo, con el jovial compañero con quien había pasado una hora de esparcimiento en la solitaria casa de la loma.

Hace tiempo que la hierba es verde sobre las tumbas del pastor Fennel y su frugal esposa; los invitados que formaron el grupo del bautizo han seguido en su mayoría a sus anfitriones hacia la tumba; el bebé en cuyo honor se reunieron todos es ya una matrona en el ocaso de su vida. Pero la llegada de los tres forasteros a casa del pastor aquella noche, y los detalles relacionados con ella, son una historia tan bien conocida como siempre en la comarca de Higher Crowstairs.

Marzo de 1883.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**